

“NOSSAS ARMAS SÃO FRORES”

NUESTRAS armas son flores», decía una pancarta en la grandiosa manifestación del 1 de mayo en Lisboa. Quien haya vivido estas maravillosas jornadas portuguesas sabe muy bien que la pancarta no mentía. Han sido las flores las más eficaces armas de este golpe de Estado, que los periodistas de todo el mundo que nos encontrábamos en Lisboa llamábamos «el "putsch" del clavel». Uno recordaba aquello de Neruda: «Mi casa era llamada la casa de las flores». Así podía ser llamada también Lisboa, porque por todas partes estallaban claveles, para decirlo en frase del poeta, en estos días de abril y mayo. Mario Soares dio la mejor definición del espíritu de esta revolución portuguesa cuando, la víspera del 1 de mayo, en un programa de televisión en el que tomaron parte los líderes de todos los partidos democráticos, desde los comunistas hasta los liberales y los nostálgicos de «Convergencia monárquica», dijo que «queremos un primero de mayo rojo, pero rojo de claveles y no rojo de sangre».

En mi crónica anterior, enviada desde Lisboa, conté algo de la implacable persecución de que estaban siendo objeto los miembros de la feroz policía política salazarista (PIDE) por parte del pueblo. Esta «caza», en la que rivalizaban los antiguos detenidos y torturados, atrajo toda la atención popular en las primeras jornadas. Presenció muchas escenas de esta persecución desde mi llegada a Lisboa, el jueves 25 por la noche, el mismo día del levantamiento militar. Se calculaba que estaban en libertad en aquellos primeros días entre dos y tres mil «pides» armados, lo cual constituía una evidente amenaza para el régimen nacido del golpe de Estado. Se supo de algunos que consiguieron pasar a España y de otros que fueron detenidos en la frontera. En mi anterior crónica conté las escenas de la rendición de doscientos miembros de la policía política que se habían encerrado en el interior del edificio de la Direcção Geral da Segurança, en la calle Antonio Maria Cardoso. Estaban entre ellos algunos de los principales jefes de la PIDE y el director general, Silva Pais. Otros se encerraron en la cárcel de Caxias, manteniendo como rehenes a los presos políticos que allí cumplían condena. Se temía que tomaran represalias en las personas de estos presos, pero finalmente se rindieron al mismo tiempo que los de la DGS, el viernes 26, a las nueve de la mañana.

Era muy frecuente en estos días ver a la gente agitarse de pronto en la calle y echar a correr detrás de un hombre que había sido reconocido como agente de la PIDE, a los gritos de «Asesino, asesino!» y «Morte a PIDE!». Me acuerdo

que un día vi salir del Interior de la Iglesia de la Encarnação a un matrimonio que trataba de huir de la persecución. El marido era un agente de la PIDE y alguien le había descubierto dentro de la iglesia. Fueron apresados y entregados a los soldados. En otra ocasión vi a una multitud que se agolpaba en una calle estrecha del barrio alto, delante de la casa de un «pide», reclamando que bajara a la calle. Subieron los soldados a buscarle. Hubo algunas escenas vejatorias, como la de un agente a quien, mientras era detenido por los soldados y obligado a permanecer con las manos sobre la cabeza, alguien le soltó la correa de los pantalones haciéndole hacer un involuntario «streaking». En los alrededores de la calle Antonio Maria Cardoso fueron quemados y rotos muchos coches que los agentes habían dejado aparcados, no sin antes sacar del interior las tarjetas de identificación que hicieran posible la detención de sus propietarios.

Si no conociéramos suficiente-

mente la terrible historia de la PIDE, esta explosión de odio popular bastaría para comprender cuáles fueron los métodos de represión de esta institución que fue uno de los pilares básicos (el otro fue la censura de prensa) sobre los que se asentaba el edificio del fascismo portugués. La PIDE, que fue rebautizada como DGS bajo Caetano, impulsó siempre a los tribunales sus decisiones en los juicios poli-

ticos, hizo caso omiso de los plazos fijados para la entrega de los detenidos al poder judicial (incluso cuando logró que se ampliara ese plazo, por ley, de las habituales setenta y dos horas hasta los seis meses), y desconoció la obligatoriedad de presentación del mandamiento judicial para practicar registros y detenciones. Aplicó increíbles métodos de tortura, que no tardaremos mucho en conocer en sus detalles cuando los cuenten los presos políticos que en la metrópoli y en ultramar acaban de salir de las cárceles.

La «caza» de la PIDE tuvo también algo de «caza de brujas». Rumores en la calle, incluso noticias publicadas en algunos periódicos, denunciaban como supuestos «informadores de la PIDE» a algunas personas que, al parecer, estaban libres de culpa y que se apresuraban a insertar en los periódicos anuncios en los que negaban que hubiesen tenido nada que ver con la funesta institución. Hubo también algunas sorpresas. Por ejem-

plante, voluntariamente a la Junta de Salvación y, por otra parte, mucha gente se daba cuenta de que esta «bárbara fiesta» brindada al pueblo podía estar sirviendo para ocultar otras realidades más graves, todo un sistema que seguía intacto después del golpe de Estado y sin el cual la existencia misma de la PIDE no habría sido posible.

Pero lo que aquí quería señalar es que durante esos primeros días del levantamiento el pueblo portugués mantuvo siempre un alto grado de civismo, un comportamiento más inspirado por la voluntad de la concordia que dictado por el odio. Incluso la persecución de los «pides» se hizo sin desmanes de ningún tipo y sin que se produjeran linchamientos. Los portugueses con quienes he hablado en estos días se mostraban todos muy justificadamente orgullosos de haber derribado al fascismo sin derramamiento de sangre. Hubo unos pocos heridos y los muertos que se produjeron, en número de cuatro o cinco, deben registrarse en la cuenta de



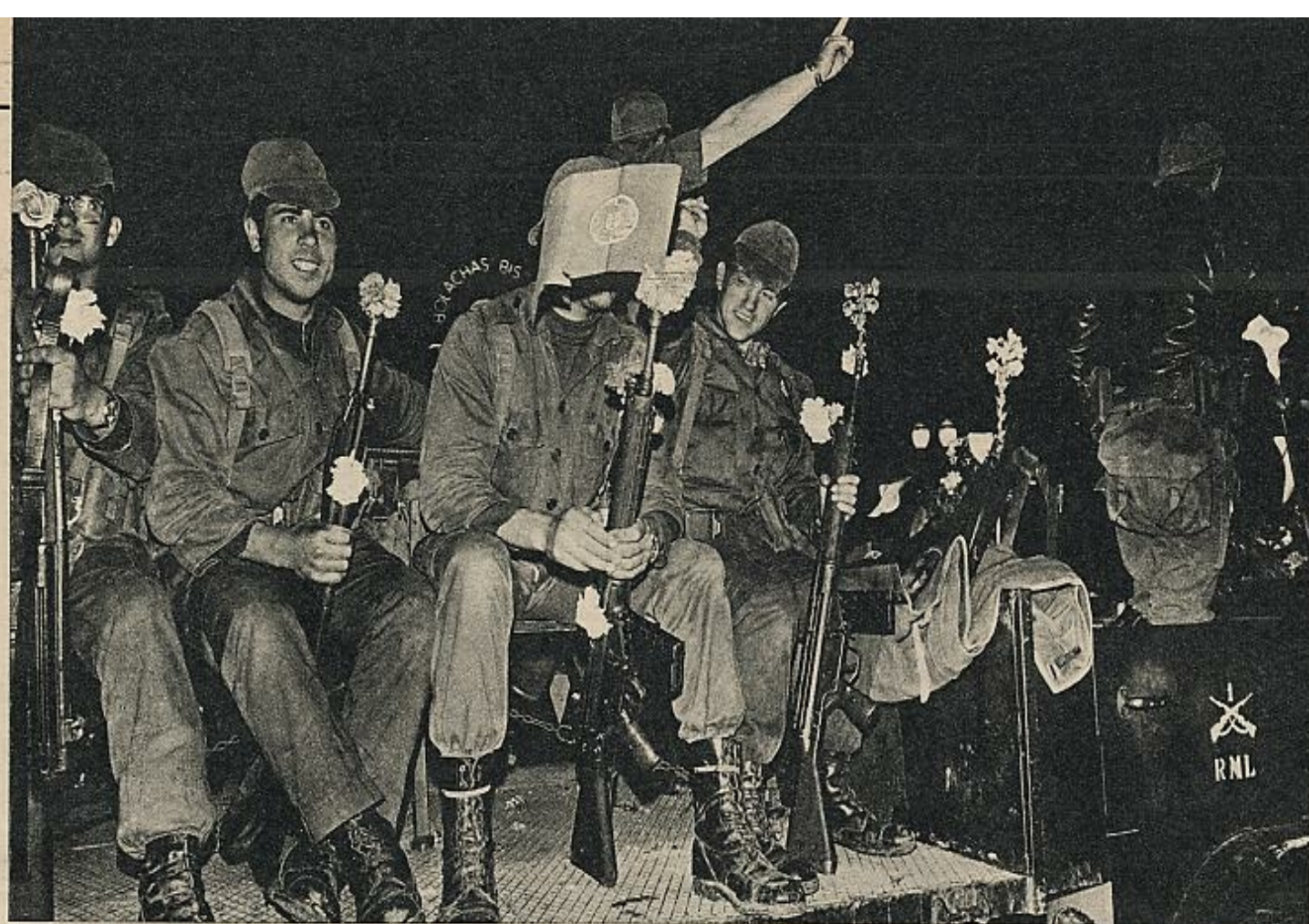
La detención de un «pide» en la calle, entre los soldados que le conducen y la gente que le increpa con el grito que dominó las calles de Lisboa en los primeros días de la revolución: «Morte a PIDE!».

mente la terrible historia de la PIDE, esta explosión de odio popular bastaría para comprender cuáles fueron los métodos de represión de esta institución que fue uno de los pilares básicos (el otro fue la censura de prensa) sobre los que se asentaba el edificio del fascismo portugués. La PIDE, que fue rebautizada como DGS bajo Caetano, impulsó siempre a los tribunales sus decisiones en los juicios poli-

plote, voluntariamente a la Junta de Salvación y, por otra parte, mucha gente se daba cuenta de que esta «bárbara fiesta» brindada al pueblo podía estar sirviendo para ocultar otras realidades más graves, todo un sistema que seguía intacto después del golpe de Estado y sin el cual la existencia misma de la PIDE no habría sido posible.

Pero lo que aquí quería señalar es que durante esos primeros días del levantamiento el pueblo portugués mantuvo siempre un alto grado de civismo, un comportamiento más inspirado por la voluntad de la concordia que dictado por el odio. Incluso la persecución de los «pides» se hizo sin desmanes de ningún tipo y sin que se produjeran linchamientos. Los portugueses con quienes he hablado en estos días se mostraban todos muy justificadamente orgullosos de haber derribado al fascismo sin derramamiento de sangre. Hubo unos pocos heridos y los muertos que se produjeron, en número de cuatro o cinco, deben registrarse en la cuenta de

No hubo más. No se fue a asaltar la casa de nadie, ni siquiera a la de los personajes más siniestros del régimen salazarista. Nadie fue molestado en aquellos días, quitando los agentes de la policía política, sólo el sarcasmo popular se di-



Los claveles, «cravos» en portugués, han sido el símbolo de esta revolución. Los automóviles de los ciudadanos y los tanques del ejército se adornaban con ellos. Florecían en el cañón de los fusiles y metralletas.

rigió contra los más señalados dirigentes. En las manifestaciones en la calle se cantaban canciones alusivas a ellos. Anoté algunas. Decía una:

«Um, dois, tres, quatro,
Marcello esta no papo».

(«Papo» significa en portugués «buche».) O bien:

«Deixa passar esta linda brinca-
[deira,
o Marcello e o Thomaz para a ilha
[da Madeira».

Del almirante Tenreiro, uno de los personajes político-financieros más conocidos y odiados de Portugal, el hombre que dominó el negocio de la pesca y aprovechó su influencia política y su amistad con el presidente Thomas para realizar negocios en todos los campos, se cantaba:

«E mão, é mão, é mão, é muito
[mão,
o almirante Tenreiro ja não vende
[bacalhau».

En una «carta al director» que se publicó en esos días en un diario se decía, recordando los negocios de especulación de precios de los alimentos que Tenreiro había realizado, que el único castigo que debía imponerse era el de hacerle comer el bacalao que había dejado pudrir en su almacenes con el propósito de hacer subir los precios. Tenreiro anduvo huido durante unos días y finalmente se entregó voluntariamente a la Junta de Salvación, siendo encarcelado. Se contaban también algunos chistes. Por ejemplo, la proverbial ignorancia del pre-

sidente Thomas sirvió de base al siguiente: «¿Sabes por qué tardó tanto tiempo en rendirse el almirante Thomas a las fuerzas militares». «Pues porque no entendía lo que quería decir golpe de Estado». La salida de Caetano del cuartel del Carmo en un coche blindado sugirió a un periodista del diario «República» un brillante artículo titulado «Blindado en familia», recordando las ridículas «Conversas em fa-

te coronel, y usted, almirante, y es necesario mantener el protocolo militar incluso ahora». Me contaron en Lisboa esta anécdota, que, sea o no cierta, expresa muy bien el tono de corrección que los oficiales portugueses quisieron imprimir a su movimiento. El general Spínola, como se recordará, acompañó personalmente al profesor Caetano y al almirante Thomas hasta el avión que debía trasladarlos a Madeira.

Luis Carandell

milia» a que el señor presidente del consejo tenía acostumbrados a los portugueses.

En general, todo transcurrió pacíficamente. Los oficiales que dieron el golpe de Estado extremaron su caballerosidad al detener a los militares o a los jefes y oficiales de la Guardia Nacional Republicana que no habían querido adherirse al movimiento. Se cuenta una ilustrativa anécdota del teniente coronel Almeida Bruno, uno de los hombres más importantes del movimiento (que fue encarcelado a raíz del golpe frustrado de Caldas da Rainha por haber intentado organizar una reunión en la Academia Militar). Cuando estaba en casa del presidente Américo Thomas tratando con él los términos de su rendición, le pidió permiso para fumar un cigarrillo. El almirante Américo Thomas le contestó: «Creo más bien que soy yo quien debo pedirle permiso a usted para fumar». El teniente coronel dijo entonces: «Yo soy tenien-

Durante estos días se han oído protestas en Portugal contra los excesos versallescos del golpe de Estado y contra la benignidad que se ha mostrado para con los dirigentes del régimen depuesto. Mario Soares, en el discurso que pronunció el primero de mayo, afirmó que era un escándalo que se pasearan por la isla de Madeira o por el país muchos de los hombres más representativos del fascismo portugués, y pidió, entre atronadores aplausos de los que le escuchaban, que esos dirigentes fueran juzgados por los tribunales ordinarios y que cayera sobre ellos todo el rigor de la ley si fueran hallados culpables. La noticia de que Caetano y Thomas estaban «gozando de unas buenas vacaciones pagadas en un hotel de Madeira», para decirlo con la expresión que utilizó Mario Soares, y de que algunos de sus ministros pasearan por las calles de Funchal cayó muy mal en la opinión pública. En una manifestación vi una pan-

carta que decía: «Nao queremos ditadores em hotéis». La Junta de Salvación se apresuró a trasladar a Thomas y a Caetano a la casa del gobierno en Madeira y a prohibir la salida de sus acompañantes. No se ha anunciado, sin embargo, todavía nada de ese posible juicio por responsabilidades políticas que el pueblo portugués reclama. Respecto de los militares que más estrechamente colaboraron con el régimen depuesto —los Kaulza da Arriaga, los Luz Cunha, los Brandao y otros de extrema derecha o directamente comprometidos con la política de Caetano— se dictó hace unos días un decreto por el que se les pasaba a la situación de reserva.

Es muy importante para comprender la actual situación portuguesa tener en cuenta los orígenes del movimiento que derribó al fascismo. El golpe de Estado no fue organizado por el general Spínola ni por los miembros que componen la Junta de Salvación. El libro de Spínola «Portugal e o futuro» fue una muestra más, aunque, desde luego, de gran importancia, del descontento y la inquietud que reinaban en el seno de las Fuerzas Armadas como consecuencia del desprestigio que el gobierno les estaba causando con su política colonial. Pero Spínola no tuvo nada que ver con el movimiento de los capitanes, que había comenzado a organizarse en el mes de junio del año pasado a partir de reivindicaciones puramente profesionales y que se fue politizando progresivamente. Llamaron a Spínola después, porque necesitaban a un hombre de prestigio que uniera a las Fuerzas Arma-

«NOSSAS ARMAS SÃO FRORES»

das y consiguiera el máximo apoyo en la nación y entre los portugueses de ultramar. En una conversación que sostuve con dos capitanes del movimiento cuando estuve en Lisboa en marzo a raíz del frustrado levantamiento de Caldas, ellos me dijeron que aun cuando no estaban del todo de acuerdo con las fórmulas que Spínola ofrecía para la solución del problema colonial, sin embargo, habían decidido que, en caso de que su movimiento triunfara, llamarían a Spínola y a Costa Gomes para encabezar el golpe, por la sencilla razón de que no tenían otra opción dentro de las Fuerzas Armadas. Así nació la Junta de Salvación Nacional, cuyos miembros fueron elegidos por votación democrática entre los oficiales de las distintas Armas. El movimiento de las Fuerzas Armadas impuso a la Junta unos principios generales que Spínola y sus compañeros firmaron y se comprometieron a observar y que están en la base del actual proceso de democratización de Portugal. No puede afirmarse que el movimiento de las Fuerzas Armadas tenga una ideología concreta, aunque es notorio que hay entre ellos muchos socialistas. No hay duda que este movimiento de las Fuerzas Armadas tendrá una importancia decisiva en la marcha de las cosas hasta que la celebración de elecciones generales, anunciada para dentro de un año, normalice la vida política del país.

«El pueblo portugués ha conquistado su libertad gracias a la acción de las Fuerzas Armadas —dijeron los líderes de la izquierda en los discursos del primero de mayo—, pero el poder económico no está aún en manos del pueblo. La revolución no ha hecho más que empezar». El sistema económico que

sostuvo al fascismo está intacto. El otro día, una delegación de financieros y hombres de negocios presididos por Antonio Champalimaud, dirigente de uno de los más importantes «grupos monopolísticos» de Portugal, visitó al presidente de la Junta de Salvación para prestarle su adhesión. El general Spínola se refirió a la alta responsabilidad de la banca privada en la política de desarrollo, acelerado que es necesario llevar a cabo en Portugal. El banquero Champalimaud le contestó con estas significativas frases: «La libertad que la Junta ha devuelto a la nación no se puede limitar a la expresión de las ideas, sino que debe hacerse extensiva a la banca, a la industria y al comercio, a fin de que los hombres del trabajo puedan así manifestar las virtualidades de la iniciativa privada, sin la cual no puede haber verdadera libertad».

Como se ve, empiezan a mostrarse ya las contradicciones, las tensiones en el seno de esta revolución que los historiadores del futuro calificarán quizá de revolución burguesa, pero en la cual ha tomado parte de forma tan activa y elocuente el pueblo portugués. Los minoritarios grupos de la extrema izquierda, representada sobre todo por el maoísta MRPP, han gritado en la calle su disconformidad con la Junta de Salvación y han equipado en sus «slogans» a Spínola con el depuesto Caetano. La opinión mayoritaria entre los demócratas, sin embargo, coincide en afirmar que Portugal ha dado un gigantesco paso hacia el futuro. Hemos visto la reorganización de los partidos y los movimientos políticos que han vivido en la clandestinidad durante cincuenta años; hemos visto la llegada a Lisboa de los líderes de la izquierda en multitudinarios recibimientos, bajo la protección de las Fuerzas Armadas. Un capitán del Ejército estaba al lado de Mario Soares, jefe del partido socialista,

cuando éste hablaba desde el balcón de la estación de Santa Apolonia. El secretario general del partido comunista, Alvaro Cunhal, habló desde lo alto de un tanque adornado con banderas y flores en el aeropuerto de Lisboa. Hemos visto la formación de Sindicatos libres de todos los oficios y profesiones y hemos visto cómo los miembros de estos nuevos Sindicatos ocupaban las respectivas sedes de las corporaciones y gremios fascistas, no sin antes haber expulsado de allí a la canalla corporativa. Hemos oído al general Spínola prometer que se luchará contra la terrible corrupción que seoreaba el depuesto régimen y que se completará en breve el desmantelamiento del aparato fascista que aún continúa funcionando en las municipalidades, en las juntas locales y provinciales, en las instituciones de previsión, etcétera. Los presos políticos han salido en su totalidad de las cárceles de Caxias, de Peniche, de Trafaria, dejando libres las celdas para los «pides» detenidos. Se planteó un problema con los presos que habían sido condenados por delitos que los jueces consideraron como comunes, aunque tenían carácter político, tales como asaltos a bancos con propósitos de allegar fondos para la lucha antifascista. El más significado de los que se encontraban en este caso era el famoso Herminio da Palma Inácio. Al principio, la Junta de Salvación se negaba a liberar a estos presos, lo cual provocó un plante de los demás presos políticos. Se sometió entonces la cuestión a los abogados defensores de estos presos, quienes dictaminaron que debía ponerse en libertad. El general Spínola dijo por aquellos días a los directores de periódicos que «hemos liberado también a estos presos por la consideración de que también nosotros, para hacer lo que hemos hecho, hemos tenido

que recurrir a un cierto grado de violencia».

Hemos visto, sobre todo en estos días, establecer una total libertad de expresión, con la supresión radical de la censura, del llamado «examen previo». Ver la televisión hoy en Portugal constituye una experiencia verdaderamente «onírica». Uno no da crédito a sus ojos. El tono de naturalidad que se ha impuesto en ella, tan lejos de la huería retórica a que nos tenía acostumbrados, es ya por sí solo suficientemente expresivo de su contenido. El «Telejornal» ha dejado de ser el anodino repertorio de inauguraciones y viajes oficiales que solía ser. Una nota significativa: el 1 de mayo se aplazó la retransmisión, que había sido anunciada antes del día 25, de un partido internacional de fútbol entre Alemania y Suecia. Lo dieron por la noche en diferido, cuando ya habían terminado las manifestaciones. De la radio puede decirse lo mismo. La prensa —que en estos días ha registrado un espectacular aumento de su tirada— no tiene más «techo» informativo que el que le impongan las propias empresas. Empiezan a notarse ya diferencias entre los periódicos, pero no hay censura ni imposición oficial de ningún tipo, salvo por lo que se refiere a las cuestiones militares de ultramar. Algunos órganos de difusión han sido «tomados» por sus redactores. Tal es el caso de la Radio Renascença, que fue la emisora que en la madrugada del 25 transmitió la señal que puso en movimiento a los regimientos (consistente, como se recuerda, en los ya famosos versos de la canción de José (Zecca) Alfonso: «Grândola, vila morena/terra da fraternidade/ o povo é quem mais ordena/dentro de ti, o cidade»). En un diario de la tarde, «A Capital», los redactores consiguieron, mediante una huelga, la destitución del director y del redactor-jefe. En otros periódicos ha habido tensiones en el proceso de adaptación al nuevo ambiente. El diario «Epoca», que era el órgano de la extrema derecha, se ha «disfrazado» lisa y llanamente. Se llama ahora «A Epoca», ha cambiado de formato y ha cruzado sobre su nombre en sobreimpresión y en tinta de color la mención «Livre». Es un caso pintoresco el de «A Epoca». Estando yo una noche en la Rua da Misericórdia, donde el diario tiene su redacción, oí un gran tumulto de gente que increpaba a los periodistas de «Epoca». Su nuevo director, que había sido redactor-jefe en la etapa anterior, apareció en el balcón para anunciar que el diario había sido «liberado». No le dejaron hablar, pero mostró una gran fotografía en el que aparecía él conversando con el general Spínola. ¡Hay que ver ahora a «A Epoca Livre» relatando las «persecuciones» que «sufrió» bajo el régimen fascista!

Mi crónica termina con el recuerdo del prodigioso estallido de alegrías, de luz, de esperanza, de claves («Nossas armas são frores»), que fue el 1 de mayo en Portugal. ■ L. C.

Los retratos del presidente depuesto Américo Thomas y del ex presidente del Consejo, Marcelo Caetano, han sido descolgados. La foto está tomada en el interior del edificio de la Direção Geral da Segurança, la antigua PIDE. Junto a los retratos, las armas de los agentes de la policía política que se rindieron a las Fuerzas Armadas.

